

*Clásicos*  
de la *Libertad*

---

OBRAS DE LUDWIG VON MISES



# EL SOCIALISMO

Análisis económico  
y sociológico



LUDWIG VON MISES

# EL SOCIALISMO

Análisis económico  
y sociológico

OCTAVA EDICIÓN



*Unión Editorial*  
**2020**

Título original: *Die Gemeinschaft:  
Untersuchungen über den Sozialismus*  
(Jena, Gustav Fischer, 1922; 2.ª ed., *ibid.*, 1932)

1.ª edición inglesa:  
*Socialism: An Economic and Sociological Analysis*  
(Londres, Jonathan Cape, 1936, trad. de J. Kahane;  
2.ª ed., New Haven, Yale University Press, 1951;  
3.ª ed., Indianápolis, Liberty Fund, 1981)

1.ª edición en español:  
*Socialismo: Análisis Económico y Sociológico*  
(México, Editorial Hermes, 1961;  
2.ª ed., Buenos Aires, Instituto Nacional de Publicaciones, 1968)

Traducción de Luis Montes de Oca  
© 2020 UNIÓN EDITORIAL, S.A. (8.ª edición)  
c/ Nicaragua, 17-local • 28016 Madrid  
Tel.: 91 350 02 28  
Correo: [editorial@unioneditorial.net](mailto:editorial@unioneditorial.net)  
[www.unioneditorial.es](http://www.unioneditorial.es)

ISBN : 978-84-7209-753-7  
Depósito Legal: M. 6.070-2020

Compuesto e impreso por JPM GRAPHIC, S.L.

*Printed in Spain* • Impreso en España

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## NOTA DEL EDITOR

La mexicana Editorial Hermes publicó en español por primera vez *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, de Ludwig von Mises, en 1961. La obra, que vio originalmente la luz en 1932, seguía siendo por entonces una de las invectivas intelectualmente más rigurosas contra una de las ideologías en auge a lo largo del siglo XX, abarcando las facetas política, económica y filosófica.

En pleno siglo XXI, cuando los desmanes socialistas siguen provocando estragos en las sociedades europeas y, especialmente, en las latinoamericanas, volvemos a reivindicar la vigencia de esta *opus magnum* con la presente octava edición. Con más de 20.000 ejemplares vendidos, solo podemos esperar que las lecciones de Mises a propósito del espíritu perverso del socialismo sigan calando en nuevas generaciones de lectores.

Febrero de 2020





# ÍNDICE

PRÓLOGO, por <i>Friedrich A. Hayek</i> .....	15
PREFACIO A LA 2. <sup>a</sup> EDICIÓN ALEMANA .....	23
INTRODUCCIÓN .....	33
1. El éxito de las ideas socialistas .....	33
2. La crítica científica del socialismo .....	36
3. Modos alternativos de aproximación a los análisis del socialismo ..	39

## PRIMERA PARTE LIBERALISMO Y SOCIALISMO

CAPÍTULO I.— LA PROPIEDAD .....	45
1. Naturaleza de la propiedad .....	45
2. Violencia y contrato .....	50
3. Teoría de la violencia y teoría del contrato .....	55
4. Propiedad colectiva de los medios de producción .....	58
5. Teorías sobre el origen de la propiedad .....	60
CAPÍTULO II.— EL SOCIALISMO .....	63
1. El Estado y la economía .....	63
2. Los «derechos fundamentales» en la teoría socialista .....	65
3. Colectivismo y socialismo .....	70
CAPÍTULO III.— ORGANIZACIÓN SOCIAL Y CONSTITUCIÓN POLÍTICA .....	77
1. Violencia y contrato en la política .....	77
2. Función social de la democracia .....	79
3. El ideal igualitario .....	84
4. Democracia y socialismo .....	87
5. La constitución política del Estado socialista .....	91

## EL SOCIALISMO

CAPÍTULO IV.— ORGANIZACIÓN SOCIAL Y CONSTITUCIÓN	
FAMILIAR .....	95
1. El socialismo y el problema sexual .....	95
2. El hombre y la mujer en una época de violencia .....	97
3. El matrimonio contractual .....	101
4. Los problemas de la vida conyugal .....	104
5. El amor libre .....	108
6. La prostitución .....	112

## SEGUNDA PARTE LA ECONOMÍA DE LA COMUNIDAD SOCIALISTA

### SECCIÓN I EL ESTADO SOCIALISTA AISLADO

CAPÍTULO V.— NATURALEZA DE LA ECONOMÍA .....	117
1. Contribución a la crítica del concepto de economía .....	117
2. La acción racional .....	118
3. El cálculo económico .....	120
4. La economía capitalista .....	129
5. El concepto de «lo económico» .....	131
CAPÍTULO VI.— ORGANIZACIÓN DE LA PRODUCCIÓN	
BAJO EL SOCIALISMO .....	135
1. La socialización de los medios de producción .....	135
2. El cálculo económico en la comunidad socialista .....	137
3. La evolución de la doctrina socialista respecto al cálculo económico .....	141
4. El mercado «artificial» como solución al problema del cálculo económico .....	144
5. Economía de lucro y economía de necesidad. Rentabilidad y productividad .....	148
6. Producto bruto y producto neto .....	150
CAPÍTULO VII.— LA DISTRIBUCIÓN DE LA RENTA .....	157
1. Naturaleza de la distribución de la renta en la organización liberal y en la socialista .....	157
2. El dividendo social .....	158
3. Los principios del reparto .....	160
4. La realización del reparto .....	163
5. Los costes del reparto .....	166

## ÍNDICE

CAPÍTULO VIII.— LA ECONOMÍA COLECTIVA EN SITUACIÓN ESTACIONARIA .....	169
1. Las fuerzas motoras de la economía .....	169
2. El goce y la pena del trabajo .....	169
3. La alegría del trabajo .....	176
4. El impulso necesario para vencer la pena del trabajo .....	178
5. La productividad del trabajo .....	186
CAPÍTULO IX.— LA POSICIÓN DEL INDIVIDUO EN EL SOCIALISMO ..	191
1. Selección de los individuos y elección de profesión .....	191
2. Arte y literatura, ciencia y prensa .....	193
3. La libertad personal .....	197
CAPÍTULO X.— LA ECONOMÍA COLECTIVA DINÁMICA .....	203
1. Las fuerzas impulsoras de la economía .....	203
2. Cambios demográficos .....	204
3. Variaciones de la demanda .....	206
4. Cambios en la magnitud del capital .....	207
5. Los cambios característicos de la economía colectiva .....	210
6. La especulación .....	211
7. La economía socialista y las sociedades anónimas .....	214
CAPÍTULO XI.— LA INVIABILIDAD DEL SOCIALISMO .....	217
1. Los problemas de la economía socialista dinámica .....	217
2. Intentos para resolver estos problemas .....	218
3. La economía capitalista, única solución posible .....	223

## SECCIÓN II RELACIONES EXTERNAS DE LA COMUNIDAD SOCIALISTA

CAPÍTULO XII.— SOCIALISMO MUNDIAL Y SOCIALISMO NACIONAL .	227
1. Extensión en el espacio de la comunidad socialista .....	227
2. El problema de las fronteras físicas de la comunidad socialista y el marxismo .....	228
3. El liberalismo y el problema de las fronteras .....	229
CAPÍTULO XIII.— EL PROBLEMA DE LAS MIGRACIONES Y EL SOCIALISMO .....	231
1. Las oposiciones nacionales y las migraciones .....	231
2. La tendencia descentralizadora del socialismo .....	233

## EL SOCIALISMO

CAPÍTULO XIV.— EL COMERCIO EXTERIOR BAJO EL SOCIALISMO . . .	237
1. Autarquía y socialismo . . . . .	237
2. El comercio exterior en el régimen socialista . . . . .	238
3. La inversión de capitales en el extranjero . . . . .	238

### SECCIÓN III DIVERSAS FORMAS DE SOCIALISMO Y PSEUDO-SOCIALISMO

CAPÍTULO XV.— DIVERSAS CONCEPCIONES DEL IDEAL SOCIALISTA .	241
1. La naturaleza del socialismo . . . . .	241
2. El socialismo de Estado . . . . .	242
3. El socialismo militarista . . . . .	250
4. El socialismo de Iglesia . . . . .	253
5. La economía planificada . . . . .	257
6. El socialismo corporativo . . . . .	259
CAPÍTULO XVI.— LAS CONCEPCIONES PSEUDO-SOCIALISTAS . . . . .	263
1. El solidarismo . . . . .	263
2. Algunos proyectos de expropiación . . . . .	266
3. Participación en los beneficios . . . . .	267
4. El sindicalismo . . . . .	270
5. El socialismo parcial . . . . .	274

### TERCERA PARTE LA DOCTRINA DE LA INEVITABILIDAD DEL SOCIALISMO

#### SECCIÓN I LA EVOLUCIÓN SOCIAL

CAPÍTULO XVII.— EL MILENARISMO SOCIALISTA . . . . .	279
1. Origen del milenarismo . . . . .	279
2. El milenarismo y la teoría de la sociedad . . . . .	284
CAPÍTULO XVIII.— LA SOCIEDAD . . . . .	287
1. Naturaleza de la sociedad . . . . .	287
2. La división del trabajo, principio de la sociedad . . . . .	290
3. Organismo y organización . . . . .	293
4. El individuo y la sociedad . . . . .	295

## ÍNDICE

5. La evolución de la división del trabajo .....	297
6. Los efectos de la división del trabajo en el individuo .....	301
7. La regresión social .....	303
8. La propiedad privada en la evolución económica .....	308
CAPÍTULO XIX.— LA LUCHA COMO FACTOR DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL .....	
1. El curso de la evolución social .....	311
2. El darwinismo .....	312
3. Lucha y competencia .....	316
4. La lucha entre las naciones .....	318
5. La lucha entre las razas .....	320
CAPÍTULO XX.— OPOSICIÓN Y LUCHA DE CLASES .....	
1. El concepto de clase y de oposición de clases .....	325
2. Órdenes sociales y clases sociales .....	329
3. La lucha de clases .....	333
4. Las formas de la lucha de clases .....	339
5. La lucha de clases como motor de la evolución social .....	341
6. La teoría de la lucha de clases y la interpretación de la historia ...	344
7. Conclusión .....	346
CAPÍTULO XXI.— EL MATERIALISMO HISTÓRICO .....	
1. Ser y pensamiento .....	349
2. Ciencia y socialismo .....	352
3. Los postulados psicológicos del socialismo .....	354
SECCIÓN II	
LA CONCENTRACIÓN DEL CAPITAL	
Y LA CONSTITUCIÓN DE LOS MONOPOLIOS	
COMO ETAPA PRELIMINAR DEL SOCIALISMO	
CAPÍTULO XXII.— PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA .....	
1. La teoría marxista de la concentración .....	357
2. La teoría de la política antimonopolio .....	360
CAPÍTULO XXIII.— LA CONCENTRACIÓN DE FACTORÍAS .....	
1. La concentración de factorías, consecuencia de la división del trabajo .....	363
2. Tamaño óptimo de las fábricas en la industria de materias primas y en los transportes .....	364

## EL SOCIALISMO

3. Tamaño óptimo de las fábricas en las industrias de transformación .....	366
CAPÍTULO XXIV.— LA CONCENTRACIÓN DE LAS EMPRESAS .....	369
1. Concentración horizontal de las empresas .....	369
2. Concentración vertical de las empresas .....	369
CAPÍTULO XXV.— LA CONCENTRACIÓN DE LAS FORTUNAS .....	373
1. Planteamiento del problema .....	373
2. La formación de las fortunas al margen del mercado .....	374
3. La formación de las fortunas bajo el régimen de cambio .....	375
4. La teoría de la pauperización creciente .....	380
CAPÍTULO XXVI.— LOS MONOPOLIOS Y SUS EFECTOS .....	383
1. La naturaleza de los monopolios y su papel en la formación de los precios .....	383
2. Los efectos económicos del monopolio aislado .....	386
3. Los límites de la formación de los monopolios .....	388
4. Los monopolios en la producción de materias primas .....	389

## CUARTA PARTE EL SOCIALISMO COMO EXIGENCIA MORAL

CAPÍTULO XXVII.— EL SOCIALISMO Y LA MORAL .....	395
1. Planteamiento del problema .....	395
2. Eudemonismo y socialismo .....	396
3. Contribución a la doctrina eudemonista .....	400
CAPÍTULO XXVIII.— EL SOCIALISMO COMO EMANACIÓN DEL ASCETISMO .....	405
1. La filosofía ascética .....	405
2. Ascetismo y socialismo .....	408
CAPÍTULO XXIX.— CRISTIANISMO Y SOCIALISMO .....	411
1. La religión y la moral social .....	411
2. La Biblia como fuente de la ética cristiana .....	413
3. El cristianismo primitivo y la sociedad .....	415
4. La prohibición canónica del interés .....	418
5. El cristianismo y la propiedad .....	420
6. El socialismo cristiano .....	424

## ÍNDICE

CAPÍTULO XXX.— SOCIALISMO ÉTICO. REFERENCIA ESPECIAL	
A LA NUEVA CRÍTICA . . . . .	431
1. El imperativo categórico como fundamento del socialismo . . . . .	431
2. La obligación de trabajar como fundamento del socialismo . . . . .	435
3. ¿Es la igualdad de renta un postulado ético? . . . . .	437
4. La condena estético-moral del motivo del beneficio . . . . .	438
5. Contribución del capitalismo a la civilización . . . . .	440
CAPÍTULO XXXI.— LA DEMOCRACIA ECONÓMICA . . . . .	443
1. El eslogan de la «democracia económica» . . . . .	443
2. El consumidor como factor determinante de la producción . . . . .	446
3. El socialismo como expresión de la voluntad de la mayoría . . . . .	450
CAPÍTULO XXXII.— LA MORAL CAPITALISTA . . . . .	453
1. La ética capitalista y la inviabilidad del socialismo . . . . .	453
2. Los pretendidos defectos de la ética capitalista . . . . .	454

## QUINTA PARTE EL DESTRUCCIONISMO

CAPÍTULO XXXIII.— LOS FACTORES DEL DESTRUCCIONISMO . . . . .	459
1. Naturaleza del destruccionismo . . . . .	459
2. La demagogia . . . . .	461
3. El destruccionismo de los escritores . . . . .	465
CAPÍTULO XXXIV.— LOS MÉTODOS DEL DESTRUCCIONISMO . . . . .	471
1. Los medios del destruccionismo . . . . .	471
2. La protección legal al trabajo . . . . .	472
3. El seguro social obligatorio . . . . .	477
4. Los sindicatos . . . . .	480
5. El seguro contra el paro . . . . .	485
6. La socialización . . . . .	488
7. La política fiscal . . . . .	491
8. La inflación . . . . .	495
9. Marxismo y destruccionismo . . . . .	497
CAPÍTULO XXXV.— LA LUCHA CONTRA EL DESTRUCCIONISMO . . . . .	501
1. La resistencia de los «beneficiarios» del capitalismo . . . . .	501
2. Autoridad y violencia . . . . .	505
3. La lucha de las ideas . . . . .	507

## EL SOCIALISMO

CONCLUSIÓN.— EL PAPEL HISTÓRICO DEL SOCIALISMO MODERNO . .	511
1. El socialismo en la historia . . . . .	511
2. La crisis de la civilización . . . . .	512
EPÍLOGO . . . . .	517
Observaciones preliminares . . . . .	517
1. El fracaso del intervencionismo . . . . .	519
2. El carácter dictatorial, antidemocrático y socialista del intervencionismo . . . . .	524
3. Socialismo y comunismo . . . . .	534
4. La agresividad de Rusia . . . . .	543
5. La herejía de Trotsky . . . . .	550
6. La liberación de los demonios . . . . .	555
7. El fascismo . . . . .	561
8. El nazismo . . . . .	565
9. Las enseñanzas de la experiencia soviética . . . . .	569
10. El pretendido carácter inevitable del socialismo . . . . .	576



## PRÓLOGO\*

Por FRIEDRICH A. HAYEK

Cuando *El Socialismo* apareció por primera vez en 1922, su impacto fue muy profundo. Alteró gradual, pero fundamentalmente, las perspectivas de muchos de los jóvenes idealistas que volvían a sus estudios universitarios después de la [Primera] Guerra Mundial. Lo sé bien, porque yo fui uno de ellos.

Sentíamos que la civilización en la que nos habíamos criado se había derrumbado. Estábamos decididos a construir un mundo mejor, y este deseo de reconstruir la sociedad fue el que nos condujo a muchos al estudio de la economía. El socialismo prometía satisfacer nuestras esperanzas de conseguir un mundo más racional y justo. Y entonces llegó este libro. Nuestras esperanzas se desvanecieron. *El Socialismo* nos decía que estábamos buscando nuestras mejoras en una dirección equivocada.

Algunos de mis contemporáneos, que más adelante llegaron a ser famosos pero que entonces no se conocían entre sí, pasaron por la misma experiencia: Wilhelm Röpke en Alemania y Lionel Robbins en Inglaterra son solamente dos ejemplos. Ninguno de nosotros habíamos sido inicialmente alumnos de Mises. Yo le había conocido trabajando en un departamento provisional del gobierno austriaco cuya misión era llevar a la práctica algunas cláusulas del Tratado de Versalles. Él era mi superior, el director del departamento.

Mises era entonces conocido sobre todo como especialista en la lucha contra la inflación. Había conseguido que el gobierno tuviera en cuenta sus opiniones, y desde su otro puesto como asesor financiero de la Cámara de Comercio de Viena desarrollaba una intensa labor instando al gobierno a que tomara el único camino aún posible para evitar un derrumbamiento completo

---

\* [Escrito en 1978 y publicado como prólogo a la edición de *Socialism: An Economic and Sociological Analysis* por Liberty Fund (Indianapolis, Ind.: Liberty Classics, 1981), pp. xix-xxiv. El texto de Hayek fue recogido en el volumen IV de sus Obras Completas: *Las vicisitudes del liberalismo* (Unión Editorial, 1996), pp. 148-155, con interesantes notas del editor de dicho volumen, Peter G. Klein, que aquí se conservan marcadas con -Ed. [N. del E.]

de la moneda. (Durante los primeros ocho meses en que trabajé con él, mi salario nominal llegó a ser doscientas veces el importe inicial.)

Como estudiantes a principios de los años 20, muchos de nosotros percibíamos a Mises como un profesor de la Universidad un tanto retraído que, unos diez años antes, había publicado un libro<sup>1</sup> conocido por su éxito en aplicar el análisis de la utilidad marginal de la Escuela Austriaca a la teoría del dinero, y del que Max Weber decía que era la obra más aceptable sobre el particular.<sup>2</sup> Quizás deberíamos haber sabido que en 1919 había publicado también un meditado y clarividente estudio sobre más amplios aspectos de filosofía social, referentes a la nación, el estado y la economía.<sup>3</sup> Sin embargo, esta obra nunca llegó a ser muy conocida, y yo la descubrí sólo cuando fui subordinado suyo en un departamento de la Administración en Viena. En cualquier caso, cuando *El Socialismo* se publicó por vez primera, constituyó una gran sorpresa para mí. Por lo que yo sabía, poco tiempo podía haber tenido libre para investigaciones académicas durante los diez años anteriores, en los que tan ocupado había estado. Sin embargo, se trataba de un importantísimo trabajo sobre filosofía social, que evidenciaba una total independencia de pensamiento y que reflejaba, a través de las críticas de Mises, un conocimiento de la mayor parte de la bibliografía sobre el particular.

Durante los primeros doce años de este siglo, hasta que se incorporó al servicio militar, Mises estudió los problemas económicos y sociales. Se había interesado por esos temas, al igual que mi generación casi veinte años después, por la preocupación, entonces tan de moda, por la *Sozialpolitik*, similar en perspectiva al socialismo «fabiano» de Inglaterra.<sup>4</sup> Su primer libro,<sup>5</sup> publicado mientras era aún un joven estudiante de Derecho en la Universidad de Viena, estaba en la línea de la Escuela Histórica alemana de economistas que estaba entonces en boga, y que se dedicaban predominantemente a problemas de «política so-

<sup>1</sup> Ludwig von Mises: *Theorie des Geldes und der Umlaufsmittel* (Munich y Leipzig, 1912).

<sup>2</sup> Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft* [Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck)], 1922; quinta edición revisada, con el subtítulo *Grundriss der verstehenden Soziologie*, [Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1976], p. 40. -Ed.

<sup>3</sup> Ludwig von Mises: *Nation, Staat und Wirtschaft: Beiträge zur Politik und Geschichte der Zeit* (Viena, 1919). -Ed.

<sup>4</sup> El movimiento alemán *Sozialpolitik* para la reforma social era opuesto al «Liberalismo de Manchester» de la economía política clásica británica. Inspirado en los *Kathedersozialisten* (Socialistas de Cátedra) alemanes, estos reformadores abogaban por la intervención del Estado para mejorar la condición de la clase trabajadora, que en su opinión se había deteriorado debido a los «excesos» de las políticas económicas liberales. Schumpeter nos dice que «la mayoría de los economistas alemanes eran pilares de la *Sozialpolitik* y completamente opuestos al *Smithianismo* o al *Manchesterismo*». *History of Economic Analysis*, p. 765. Véase también Karl Erich Born, *Staat und Sozialpolitik seit Bismarcks Sturz* (Wiesbaden: F. Steiner, 1957) -Ed.

<sup>5</sup> Ludwig von Mises: *Die Entwicklung des gutsherrlichbäuerlichen Verhältnisses in Galizien, 1772-1848*.

cial». Incluso se unió más adelante a una de esas organizaciones,<sup>6</sup> que hicieron que un semanario satírico alemán definiera a los economistas como personas que iban por ahí midiendo las viviendas de los trabajadores y diciendo que eran demasiado pequeñas. Pero a lo largo de este proceso, mientras recibía enseñanzas de economía política como parte de sus estudios de Derecho, Mises descubrió la teoría económica expuesta en los *Grundsätze der Volkswirtschaftslehre* de Carl Menger, que estaba a punto de jubilarse como profesor de la Universidad. Como Mises dice en un pasaje de su autobiografía,<sup>7</sup> esta obra le convirtió en economista. Yo sé lo que quería decir, ya que he pasado por la misma experiencia.

El interés inicial de Mises había sido principalmente histórico, y de hecho conservó hasta el final un hábito de conocimientos históricos que no era frecuente entre los teóricos. Pero, finalmente, su insatisfacción ante la forma en que los historiadores, y en particular los historiadores económicos, interpretaban su material de trabajo, le llevaron a la teoría económica. Su principal inspiración le vino de Eugen von Böhm-Bawerk, que había regresado a la Universidad de Viena después de haber sido ministro de Hacienda de Austria. Durante la década anterior a la guerra, el seminario de Böhm-Bawerk se convirtió en el centro más importante de discusión de teoría económica. Entre sus participantes estaban Mises, Joseph Schumpeter, y el importante teórico del marxismo austriaco Otto Bauer,<sup>8</sup> cuya defensa del marxismo ocupó durante algún tiempo el lugar central del debate. Las ideas de Böhm-Bawerk sobre el socialismo durante ese periodo parece que habían evolucionado bastante más de lo que muestran los pocos ensayos que publicó antes de su prematuro fallecimiento.<sup>9</sup> No cabe duda de que las ideas características de Mises sobre el socialismo se cimentaron entonces, aunque, casi tan pronto como hubo publicado

---

<sup>6</sup> La *Sozialwissenschaftlicher Bildungsverein* (Asociación para la Formación en las Ciencias Sociales). -Ed.

<sup>7</sup> Ludwig von Mises, *Notes and Recollections*, cit. -Ed.

<sup>8</sup> Otto Bauer publicó dos influyentes obras sobre el marxismo durante este periodo: «Marx's Theorie der Wirtschaftskrisen», *Die Neue Zeit*, vol. 23, 1904, análisis de la teoría marxista de las fluctuaciones económicas, y *Die Nationalitätenfrage und die Sozialdemokratie* (Viena: Wiener Volksbuchhandlung, 1907), que sigue siendo la principal obra marxista sobre el nacionalismo. Bauer fue más adelante líder del partido socialista austriaco (SPO). Mises dice de él que fue «el único [teórico marxista] que sobrepasó una modesta mediocridad», entre todos los que conoció en Europa Occidental y Central. Mises, *Notes and Recollections*, cit., p. 16. Sobre una muestra de la obra de Bauer, véase la traducción de J.E. King del artículo de Bauer de 1913 sobre acumulación de capital en *History of Political Economy*, vol. 18, n.º 1, 1986, pp. 87-110. -Ed.

<sup>9</sup> Algunos de estos ensayos han sido recopilados por Hans Sennholz y traducidos con el título *Shorter Classics of Böhm-Bawerk* (South Holland, Ill.: Libertarian Press, 1962). Una bibliografía de las obras principales de Böhm-Bawerk puede verse en las pp. xii-xiii de dicho volumen. -Ed.

su primera obra importante, *La teoría del dinero y del crédito*, la oportunidad de intentar profundizar sobre este aspecto se desvaneció con su incorporación al servicio militar durante toda la [Primera] Guerra Mundial.

La mayor parte del servicio militar de Mises transcurrió en el frente ruso como oficial de artillería, pero durante los últimos meses sirvió en la sección económica del Ministerio de la Guerra. Debe suponerse que comenzó a escribir *El Socialismo* sólo cuando fue licenciado del servicio militar. Probablemente escribió la mayor parte del mismo entre 1919 y 1921; la parte crucial sobre el cálculo económico bajo el socialismo está de hecho basada en una obra de Otto Neurath publicada en 1919, que Mises cita.<sup>10</sup> El hecho de que en las condiciones del momento encontrara tiempo para concentrarse en llevar a cabo una obra de tal complejidad filosófica y teórica sigue siendo un misterio para quien le veía casi a diario en su trabajo oficial, al menos durante los últimos meses de este periodo.

Como he apuntado antes, *El Socialismo* supuso un choque para nuestra generación, y sólo nos fuimos convenciendo de su tesis central de un modo lento y penoso. Desde luego Mises siguió pensando en el mismo tipo de problemas, y muchas de sus ideas ulteriores se desarrollaron en el «seminario privado», que empezó más o menos por la misma época en que se publicó *El Socialismo*. Yo me incorporé al seminario dos años más tarde, después de mi regreso de un curso de posgraduado de un año en los Estados Unidos. Aunque al principio había pocos seguidores incondicionales, Mises fue granjeándose el interés y la admiración de una generación más joven, atrayendo a los que se interesaban por los problemas situados en la frontera entre la teoría social y la filosofía. El libro fue acogido en el mundillo profesional de un modo indiferente u hostil. Recuerdo solamente una crítica que reconociera alguna importancia a *El Socialismo*, y provenía de un político liberal superviviente del siglo anterior. La táctica de sus oponentes era generalmente presentarle como un extremista cuyas opiniones no eran compartidas por nadie más.

Las ideas de Mises maduraron durante las dos décadas siguientes, culminando con la primera versión alemana (1940) de la obra que se hizo famosa con el título de *Human Action*.<sup>11</sup> Pero para todos nosotros, que experimentamos su primer impacto, *El Socialismo* será siempre su aportación más decisiva. Desafió la perspectiva de toda una generación y alteró el pensamiento de muchos, aunque fuese lentamente. Los componentes del grupo de Mises en Viena no eran discípulos propiamente dichos. La mayor parte de ellos llegaban a él como estudiantes que habían terminado sus estudios básicos de eco-

---

<sup>10</sup> Otto Neurath, *Durch die Kriegswirtschaft zur Naturalwirtschaft* (Munich: G.D.W. Callwey, 1919). -Ed.

<sup>11</sup> Ludwig von Mises, *Nationalökonomie: Theorie des Handelns und Wirtschaftens*.

nomía, y sólo gradualmente se iban convirtiendo a sus ideas, tan poco convencionales. Es posible que fueran influidos tanto por su desconcertante costumbre de acertar en sus pronósticos sobre las fatales consecuencias de la política económica entonces en vigor como por lo convincente de sus argumentos. Mises no esperaba de ellos que aceptaran todas sus opiniones, y las discusiones se beneficiaban en gran medida del hecho de que los participantes se fueran apartando sólo paulatinamente de sus anteriores opiniones. Solamente más tarde, cuando había desarrollado ya un sistema completo de pensamiento social, puede considerarse que se había constituido una «escuela de Mises». Su sistema era muy abierto, lo que enriqueció sensiblemente sus ideas e hizo posible que sus seguidores las desarrollaran en distintas direcciones.

Los razonamientos de Mises no eran fáciles de captar. A veces era necesario el contacto personal y algunas conversaciones para entenderlos completamente. Aunque escritos en una prosa muy clara y engañosamente sencilla, presuponían tácitamente una comprensión de los procesos económicos que no todos sus lectores poseían. Podemos comprobar claramente este aspecto en su crucial razonamiento sobre la imposibilidad de cálculo económico bajo el socialismo. Cuando se lee a los adversarios de Mises,<sup>12</sup> se tiene la impresión de que no entienden en realidad por qué es necesario ese tipo de cálculo. Tratan el problema del cálculo económico como si fuera solamente una técnica para atribuir a los gerentes de las fábricas socialistas la responsabilidad de los recursos puestos a su disposición, de modo completamente independiente del problema de qué y cómo deben producir. Cualquier conjunto de cifras mágicas les parecía suficiente para controlar la honradez de esos supervivientes, todavía imprescindibles, de una era capitalista. Nunca parecieron darse cuenta de que no se trataba de jugar con grupos de números, sino de establecer los únicos indicadores de los que dichos gerentes pudieran disponer para decidir el papel de sus actividades en una estructura total de trabajos mutuamente interconectados. Como resultado de lo anterior, Mises se percató cada vez más de que lo que le separaba de sus críticos era su enfoque totalmente diferente de los problemas sociales y políticos, más que unas meras diferencias de interpretación de aspectos concretos. Para convencerlos, tendría que hacerles llegar la necesidad de una metodología completamente distinta. Por supuesto, esto se convirtió en su mayor preocupación.

---

<sup>12</sup> En especial Oskar Lange, «On the Economic Theory of Socialism», *Review of Economic Studies*, vol. 4, n.º 1, 1936 y vol. 4, n.º 2, 1937; Fred M. Taylor, «The Guidance of Production in a Socialist State», *American Economic Review*, vol. 19, 1929. Taylor reimprimió y Lange revisó y publicó de nuevo en Lange y Taylor *On the Economic Theory of Socialism*, ed. Benjamin E. Lippincott (Minneapolis, Minn.: University of Minnesota Press, 1938; reimpresso, Nueva York: McGraw-Hill, 1964) y una serie de artículos de Abba P. Lerner, resumidos en su *The Economics of Control: Principles of Welfare Economics* (Nueva York: Macmillan, 1944). -Ed.

La publicación de la traducción al inglés, en 1936, se debió en gran medida a los esfuerzos del profesor Lionel C. Robbins (más adelante Lord Robbins). Encontró un traductor altamente cualificado en la persona de un antiguo compañero de estudios en la London School of Economics, Jacques Kahane,<sup>13</sup> que había seguido siendo miembro activo de un círculo de economistas universitarios de esa generación, aunque no ejercía la profesión. Después de muchos años trabajando para una de las grandes empresas comercializadoras de grano en Londres, Kahane terminó su carrera en el Departamento Agrícola y para la Alimentación de las Naciones Unidas (FAO) en Roma y el Banco Mundial en Washington. El original mecanografiado de la traducción de Kahane fue la última forma en que leí el texto completo de *El Socialismo* antes de hacerlo como preparación para este ensayo.

La experiencia le hace a uno reflexionar a la fuerza sobre el significado de algunos de los razonamientos de Mises después de tanto tiempo. Gran parte de ese trabajo parece hoy en día<sup>14</sup> inevitablemente menos original o revolucionario de lo que parecía en aquellos años. En muchos aspectos se ha convertido en uno de esos «clásicos» que demasiado a menudo se dan por supuestos, y a partir de los cuales poco nuevo se puede esperar aprender. Debo admitir, sin embargo, que me sorprendió no sólo en qué gran medida está aún vigente para dirimir las controversias actuales, sino también cuántos de sus razonamientos, que yo había aceptado sólo a medias al principio o había considerado exagerados o parciales, se habían revelado ciertos desde entonces. Todavía no estoy de acuerdo con todos ellos, ni creo que el mismo Mises lo estaría. Él no era ciertamente de los que esperaban de sus discípulos que recibieran sus conclusiones sin criticarlas y que no avanzaran a partir de ellas. Sin embargo, en conjunto, encuentro que difiero bastante menos de lo que esperaba.

Una de mis discrepancias se refiere a una afirmación de Mises sobre filosofía básica, sobre la que siempre me he sentido algo incómodo. Pero sólo ahora puedo explicitar las razones de esta desazón. Mises afirma en este pasaje que el liberalismo «considera toda cooperación social como una emanación de utilidad reconocida racionalmente, en la que todo poder se basa en la opinión pública, y no puede emprender acción alguna que pudiera interferir la libre decisión de hombres racionales».<sup>15</sup> Es únicamente la primera parte de esta afirmación la que ahora creo que está equivocada. El extremo racionalismo de este pasaje, del que como hombre de su tiempo no podía evadirse y que probablemente nunca abandonó del todo, me parece ahora un error práctico. Ciertamente, lo que condujo a que se extendiera la economía de mercado no fue la considera-

---

<sup>13</sup> Jacques Kahane (1900-1969). -Ed.

<sup>14</sup> Es decir, en 1978. -Ed.

<sup>15</sup> Ludwig von Mises, *Socialism*, edición de 1981, *op. cit.*, p. 418 -Ed.

ción racional de sus ventajas generales. Me parece que el punto principal de las enseñanzas de Mises es demostrar que no hemos adoptado la libertad porque comprendiéramos las ventajas que nos iba a reportar, que no hemos proyectado —ni éramos lo suficientemente inteligentes como para proyectar— el orden que ahora hemos aprendido parcialmente a comprender, mucho después de haber tenido multitud de ocasiones para observar cómo funcionaba. El hombre ha *elegido* la libertad sólo en el sentido de que ha aprendido a preferir algo que ya funcionaba y, a través de una mayor comprensión, ha sido capaz de mejorar las condiciones para su funcionamiento.<sup>16</sup>

Es en gran parte mérito de Mises haber podido liberarse en gran medida de ese punto de partida racionalista y constructivista, pero dicha tarea debe ser aún completada. Mises nos ha ayudado, tanto como cualquier otro, a comprender algo que no hemos configurado.

Hay otro punto sobre el cual el lector de hoy en día debe ser prevenido. Se trata de que hace medio siglo Mises podía aún hablar de liberalismo en un sentido que es más o menos el contrario de lo que hoy significa dicho término en los Estados Unidos, y cada vez más en otros países. Él se consideraba un liberal en el sentido clásico, decimonónico, del término. Pero han pasado casi cuarenta años desde que Joseph Schumpeter se vio obligado a decir que en los Estados Unidos los enemigos de la libertad «como cumplimiento supremo, aunque no deseado... han considerado oportuno apropiarse del término».<sup>17</sup>

En el epílogo,<sup>18</sup> que fue escrito en los Estados Unidos veinticinco años después de la obra original, Mises indica ser consciente de este aspecto, y comenta el uso del término «liberalismo», que puede inducir a confusión. Otros treinta años transcurridos no han hecho sino confirmar estos comentarios, de la misma forma que han confirmado la última parte del texto original: «Destructuccionismo». Esto me sorprendió por su excesivo pesimismo cuando lo leí por primera vez. Sin embargo, al volverlo a leer, me sobrecoge más su clarividencia que su pesimismo. De hecho, la mayoría de los lectores encontrarán que *El Socialismo* puede aplicarse de una forma más inmediata a los acontecimientos de nuestro tiempo que a los de cuando fue publicado por primera vez en su versión inglesa, hace poco más de cuarenta años.

Agosto de 1978

<sup>16</sup> Este pasaje es una referencia a la teoría del orden espontáneo de Hayek. Sobre este concepto, véase el ensayo de Hayek «The Results of Human Action but not of Human Design», en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, pp. 96-105. -Ed.

<sup>17</sup> Joseph Schumpeter, *History of Economic Analysis*, cit., p. 394. Nótese que la cita se publicó en realidad en 1954. Hayek puede haber visto la cita con anterioridad, o puede haber recordado mal la fecha. -Ed.

<sup>18</sup> El artículo de Mises *Planned Chaos* (Irvington, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1947) se incluyó como epílogo a la edición de 1951 en inglés de *Socialism* (New Haven, Conn.: Yale University Press) y se reimprimió en la edición para la que Hayek escribió este prólogo. -Ed.





## PREFACIO A LA 2.<sup>a</sup> EDICIÓN ALEMANA

Sigue discutiéndose si la idea esencial del socialismo —socialización de los medios de producción, con su corolario, la dirección centralizada del conjunto de la producción por un órgano de la sociedad o, más exactamente, por el Estado— fue concebida con claridad antes de mediados del siglo XIX. Para poder zanjar esta cuestión, sería preciso saber antes si esta reivindicación de una administración centralizada de todos los medios de producción debe considerarse como uno de los caracteres esenciales del pensamiento socialista. Los viejos socialistas consideraban la autarquía de pequeños territorios «conforme a la naturaleza», y el intercambio de bienes, cuando trasponía las fronteras de esos territorios, como «artificial» y pernicioso a la vez. Sólo después de que los librecambistas ingleses demostraron las ventajas de la división del trabajo internacional y después de que la propaganda del movimiento que encabezó Cobden hizo populares estas ideas, empezaron los socialistas a transformar poco a poco el socialismo de aldea y distrito en socialismo nacional, y luego en socialismo mundial. En todo caso, y salvo sobre este punto, la idea fundamental del socialismo se fue desarrollando claramente a partir del segundo cuarto del siglo XIX, y los proyectos de un orden social socialista, concebidos por los escritores que la terminología marxista denomina hoy «socialistas utópicos», se convirtieron en materia de examen científico. Este examen reducía a la nada la idea socialista. Los «utopistas» no habían logrado inventar, edificar un sistema social capaz de resistir a la crítica de los economistas y de los sociólogos. Era fácil descubrir los puntos débiles de sus proyectos. Se demostró que una sociedad organizada conforme a los principios de los utopistas no podía vivir ni funcionar, y que no podría ciertamente llevar a cabo lo que de ella se esperaba. Hacia mediados del siglo XIX las ideas socialistas parecían estar muertas definitivamente. La ciencia, por medio de una argumentación rigurosamente lógica, había demostrado su vaciedad, y los portavoces del socialismo se mostraban incapaces de oponer a dicha argumentación contraargumentos de algún valor.

En ese momento Marx entró en escena, muy imbuido de dialéctica hegeliana. Es fácil abusar del método hegeliano cuando se quiere subordinar el pensamiento al servicio de ideas fantásticas, de imaginaciones arbitrarias y de redundancias metafísicas, para probar todo lo que complace a tal o cual política. Ahí encontró Marx, sin dificultad, un medio de sacar al socialismo del descrédito en que había caído. Puesto que la ciencia y el pensamiento lógico ofrecían testimonios contra el socialismo, se quería hallar un sistema que lo protegiese de la ingrata crítica de los científicos y de los lógicos.

Esa fue la tarea que el marxismo se esforzó en realizar. Para ello empleó tres medios. Negaba el carácter necesario y universal de la lógica, válido para todos los hombres y todas las épocas. El pensamiento es función de la clase social en que vive el pensador, es una «superestructura ideológica» de sus intereses de clase. Marx desenmascara como «burgués», como defensor del capitalismo, el tipo de razonamiento que refuta la idea socialista. En segundo lugar, el marxismo enseñaba que el proceso dialéctico conduce fatalmente al socialismo. El objeto y fin de la historia es, dice, la socialización de los medios de producción mediante la expropiación de los expropiadores en cuanto negación de la negación. El marxismo, finalmente, pretendía que es inadmisibles ocuparse, como hicieron los utopistas, de la organización de la Tierra Prometida del socialismo, que verá la luz como inevitable necesidad. Aún más, la ciencia debería renunciar a cualquier estudio sobre el carácter y la esencia del socialismo, puesto que éste es ineluctable.

Nunca doctrina alguna obtuvo en la historia un triunfo tan rápido ni tan completo como esos tres principios del marxismo. A menudo se desconoce la amplitud y la duración de su éxito, porque estamos acostumbrados a no considerar como marxistas sino a los que formalmente están inscritos en alguno de los partidos llamados marxistas por los mismos miembros que los integran, quienes se han dedicado a observar a la letra las doctrinas de Marx y Engels, conforme a las interpretaciones que les da la secta, y a considerarlas como la suma de toda ciencia social y como norma suprema de la acción política. Pero si se designara con el nombre de «marxistas» a todos los que admiten el pensamiento condicionado por el espíritu de clase, la inevitabilidad del socialismo, el carácter no científico de los estudios sobre la naturaleza y funcionamiento de la sociedad socialista, se encontrarían muy pocos individuos no marxistas al este del Rin y bastantes más amigos que adversarios del marxismo en Europa occidental y en los Estados Unidos. Los creyentes cristianos combaten el materialismo de los marxistas; los monárquicos, su republicanismo; los nacionalistas, su internacionalismo; pero todos ellos pretenden ser socialistas y afirman que el socialismo a que están afiliados es precisamente el bueno, el que debe llegar, el que traerá la felicidad y el contento, y que el socialismo de los otros no tiene el verdadero origen de clase que distingue al suyo, y no olvidan atenerse a la prohibición, dictada por Marx, de estudiar científicamente la organización del orden

económico socialista. Tratan de interpretar los fenómenos de la economía actual de manera que les permita mostrar la evolución hacia el socialismo como una necesidad inexorable del proceso histórico. No solamente los marxistas, sino también la mayor parte de los que se creen antimarxistas, pero cuyo pensamiento está totalmente impregnado de marxismo, han tomado por su cuenta los dogmas arbitrarios de Marx, establecidos sin pruebas, fácilmente refutables, y cuando llegan al poder gobiernan y trabajan totalmente en el sentido socialista.

El éxito incomparable del marxismo se debe al hecho de que promete realizar los sueños y los viejos deseos de la humanidad y saciar sus resentimientos innatos. Promete el paraíso terrenal, una Jauja llena de felicidades y de goces, y el regalo más apetitoso para los desheredados: la humillación de todos aquellos que son más fuertes y mejores que la multitud. Enseña cómo eliminar la lógica y el pensamiento, debido a que hacen ver la estupidez de tales sueños de felicidad y venganza. El marxismo es la más radical de todas las reacciones contra el dominio del pensamiento científico sobre la vida y la acción establecido por el racionalismo. Es contrario a la lógica, a la ciencia, al pensamiento. Por otro lado, su principio más notable es la prohibición de pensar e investigar científicamente la organización y el funcionamiento de la economía socialista. Por un procedimiento característico de su rencor contra la ciencia, el marxismo se ha aplicado a sí mismo el nombre de socialismo «científico». Al extender su autoridad sobre la vida y la acción con éxito indiscutible, la ciencia ha adquirido un prestigio del cual el marxismo quiere sacar partido en su lucha contra el empleo de la ciencia en la organización de la economía social. Los bolcheviques no cesan de repetir que la religión es un opio para el pueblo. Lo cierto, sin embargo, es que el marxismo es el opio de la alta clase intelectual, de quienes podrían pensar y a quienes desea mantener al margen del pensamiento.

En la presente obra se ha intentado (a despecho de la prohibición marxista que nadie ha osado infringir desde hace años) examinar los problemas referentes a la organización de la sociedad socialista con los medios del pensamiento científico, es decir, con los instrumentos de la sociología y de la economía política. Evoco con gratitud la memoria de los sabios que con sus investigaciones han despejado el camino tanto para mí como para los demás. Puedo hacer constar con satisfacción que he tenido éxito al levantar el interdicto que el marxismo había establecido contra el estudio científico de estos problemas. Algunos puntos hasta ahora descuidados se han colocado en primera línea del interés científico, y los debates sobre el socialismo y el capitalismo se han llevado a un nuevo terreno. Antes quedaba uno satisfecho con exposiciones vagas sobre los beneficios que aportaría el socialismo, mientras que desde ahora se trata de estudiar a fondo la organización de la sociedad socialista. Una vez planteados los problemas, no se podrán ya seguir soslayando.

En muchos libros y artículos, los socialistas más observantes, desde los bolcheviques extremistas hasta los «estetas del socialismo» del mundo civilizado,

han procurado refutar mis ideas y razonamientos, pero sin éxito alguno. No han llegado siquiera a producir, para apoyar su punto de vista, un solo argumento que no hubiese yo estudiado y refutado antes. La discusión científica de los problemas fundamentales del socialismo se desenvuelve dentro del marco y plan de mis investigaciones.

Ha llamado especialmente la atención —como era de esperar— la argumentación mediante la cual he demostrado que en la comunidad socialista no es posible el cálculo económico. Dos años antes de la primera edición de mi obra había ya publicado esta parte de mi trabajo en el primer fascículo del tomo XLVII del *Archiv für Sozialwissenschaft*. Inmediatamente después se desató una discusión muy acalorada acerca de estos problemas, hasta entonces apenas esbozados, no solamente en los países de idioma alemán, sino también en otros de lengua extranjera. Puede decirse que la discusión ha terminado. Actualmente ya casi no se discute mi punto de vista.

Poco después de haberse publicado la primera edición, el profesor Heinrich Herkner, jefe de los socialistas de cátedra (*Kathedersozialisten*) y sucesor de Gustav Schmoller, publicó un artículo en el cual se mostraba conforme, en los puntos esenciales, con mi crítica del socialismo.<sup>1</sup> El artículo de Herkner provocó una verdadera tempestad entre los socialistas y su círculo literario. En medio de las catástrofes del Ruhr y de la hiperinflación, se abrió una polémica a la cual pronto se encontró nombre: «crisis de la política social». El resultado de esas discusiones fue muy escaso, es verdad. La «esterilidad» de la ideología socialista, que un ardiente partidario de esa doctrina se vio obligado a constatar,<sup>2</sup> estalló a plena luz. Por el contrario, los excelentes trabajos de Pohle, Adolf Weber, Röpke, Halm, Sulzbach, Brutzkus, Robbins, Hutt, Withers, Benn... atestiguan la fecundidad de los estudios científicos imparciales de los problemas del socialismo.

Sin embargo, no basta estudiar científicamente los problemas del socialismo. Es preciso destruir también los prejuicios que la concepción socialista-estatista siembra en el camino para impedir que se llegue a una consideración imparcial de estos problemas. Aquel que participa en la lucha en favor de las medidas socialistas pasa por ser amigo del bien, de lo noble, de lo moral, por campeón desinteresado de una reforma necesaria; en pocas palabras, pasa por hombre que sirve a su pueblo y a la humanidad entera y, por encima de todo, por sabio intrépido y verdadero. Aquel que llega a estudiar el socialismo con criterio científico es proscrito como defensor de malos principios, como malhechor, mercenario a sueldo de los intereses particulares, egoístas, de una cla-

<sup>1</sup> Véase Herkner, «Sozialpolitische Wandlungen in der wissenschaftlichen Nationalökonomie», *Der Arbeitgeber*, año 13, p. 35.

<sup>2</sup> Véase Cassau, *Die sozialistische Ideenwelt vor und nach dem Krieg. Festgabe für Lujo Brentano zum 80. Geburtstag* (Munich, 1925), vol. 1, pp. 149 ss.

se social nociva para el bien público, como ignorante. Porque —y esto es lo que hay de curioso en tal manera de pensar— las conclusiones de la indagación, esto es, si el socialismo o el capitalismo sirve mejor al bien público, están decididas desde el principio como cosa resuelta, por un acto de fe puro y simple en favor del socialismo y en reprobación del capitalismo. Estos no son argumentos que se opongan al resultado de los trabajos de la economía política, sino esa «emoción moral» de que hablaba la invitación al Congreso de Eisenach, en 1872, y a la cual recurren siempre los socialistas y los estatistas, porque nada tienen que contestar a la crítica que la ciencia hace de su doctrina.

El viejo liberalismo, fundado en la economía política clásica, había afirmado que la situación material de los asalariados no podría mejorarse, en forma duradera y general, sino gracias a una creación abundante y a una perseverante acumulación de capital, que sólo puede ser garantizada por el orden social capitalista que se basa en la propiedad privada de los medios de producción. La economía política subjetiva de nuestra época, en su teoría del salario, ha profundizado y confirmado esta concepción. En este punto el liberalismo moderno se halla por completo de acuerdo con el viejo liberalismo. El socialismo cree haber encontrado en la socialización de los medios de producción un sistema que procuraría la riqueza para todos. Se trata de examinar con sangre fría esta antinomia de dos concepciones. No es con pasión ni con lamentaciones llamadas morales con las que se podrá avanzar un solo paso.

Es verdad que para muchos el socialismo es hoy, ante todo, un artículo de fe. Pero la crítica científica tiene como tarea primordial destruir las falsas creencias.

Para sustraer el ideal socialista al peligro de ser pulverizado por la crítica científica, se ha tratado recientemente de formular el concepto de socialismo en forma diferente de la que ha sido habitual. De acuerdo con la mayoría de los escritos científicos, he adoptado la concepción siguiente: el socialismo representa una política que quiere construir un orden social en el que la propiedad de los medios de producción esté socializada. En mi opinión, es preciso leer la historia con ojos de ciego para no ver que en los últimos cien años ha sido esto, y no otra cosa, lo que se ha entendido por socialismo, y que el gran movimiento socialista era y es socialista en este mismo sentido. Sin embargo, no se trata de discutir cuestiones de terminología. Si alguien tuviese alguna vez la fantasía de llamar socialista a una sociedad ideal que permaneciera vinculada a la propiedad privada de los medios de producción, sería libre de hacerlo. Puede siempre llamarse perro a un gato, y decir que la luna es el sol. Sustituir expresiones usuales, conocidas con exactitud, por una significación contraria, no dejaría de ser poco práctico y daría lugar a muchos malentendidos. Lo que constituye el objeto de mi estudio es el problema de la socialización de la propiedad de los medios de producción, es decir el problema que desde hace cien años ha provocado combates encarnizados, el problema por excelencia de nuestro tiempo.

No puede eludirse el problema de la definición del socialismo declarando que este término encierra algo más que la socialización de los medios de producción; diciendo, por ejemplo, que el socialista obra por motivos especiales o con una segunda intención como podría ser un motivo religioso. Los partidarios del socialismo no quieren oír hablar de socialismo sino cuando la socialización de los medios de producción se persigue por motivos «nobles». Los supuestos opositores del socialismo no quieren oír hablar de él sino cuando esta socialización se invoca por motivos «no nobles». Los socialistas creyentes no llaman socialismo sino al que está ligado a la religión; los socialistas ateos, al que pretende suprimir la propiedad y a Dios. Pero el problema del posible o imposible funcionamiento de un orden social y económico socialista nada tiene que ver con el hecho de que los socialistas quieran o no adorar a Dios, o de que sus aspiraciones provengan de motivos que el señor X o Z juzgue, desde su punto de vista subjetivo, como nobles o no nobles. Cada uno de los grupos del gran movimiento socialista reclama naturalmente para sí el verdadero socialismo, y los otros grupos se encuentran evidentemente en el camino falso. Creo haber expuesto en mi estudio todo lo que tenía que decirse con relación a estas pretensiones.

En esta situación característica de las diferencias específicas de las diversas tendencias socialistas, sus relaciones con el concepto de democracia y dictadura desempeñan un papel importante. Nada tengo que agregar a lo que sobre esto mismo he dicho en los capítulos relativos a dichas cuestiones (capítulos III, XV y XXXI). Basta hacer notar aquí que la economía planificada, que los amigos de la dictadura quieren edificar, es tan completamente socialista como el socialismo que propagan quienes se llaman a sí mismos socialdemócratas.

El orden social capitalista es la realización de lo que debería llamarse democracia económica. Pero esta última expresión, debida si no me equivoco a Lord Passfield y a su mujer, Beatrice Webb, se emplea exclusivamente para designar una situación en que los obreros, en su carácter de productores, y no los consumidores, tendrían que decidir lo que debe producirse y el modo de producirlo. Una situación así sería tan poco democrática como una constitución social en que los funcionarios y los soldados, y no el conjunto del pueblo, debieran decidir de la política del gobierno. Esto sería lo contrario de lo que solemos llamar democracia. Cuando se afirma que la sociedad capitalista es una democracia de consumidores, se quiere decir con ello que el derecho para disponer de los medios de producción, conferido a los jefes de empresa y a los capitalistas, sólo puede obtenerse por el voto de los consumidores, renovado todos los días en el mercado. Cuando un niño prefiere cierto juguete a otro, pone su voto en la urna electoral, de donde saldrá elegido, finalmente, el *captain of industry*. En esta democracia no existe igualdad de derecho de voto, es verdad, pero sí el derecho de voto plural. Mas la facultad de disponer de un número considerable de sufragios, que implica que se cuenta con un ingreso importan-

te, no puede a su vez adquirirse y conservarse si no se satisface a los consumidores de la manera más apropiada a sus necesidades. De este modo la riqueza de los comerciantes que triunfan es siempre el resultado de un plebiscito de consumidores, y la riqueza adquirida no se puede conservar si no se aplica en la forma que más estimen los consumidores, desde su punto de vista, como la de mayor conveniencia para ellos. En sus decisiones como consumidor, el hombre medio es mucho más experto y más incorruptible que como elector. Parece que hay electores que al tener que escoger entre proteccionismo y librecomercio, entre patrón oro e inflación, son incapaces de entrever todas las consecuencias de su voto. Es seguramente más fácil la tarea del comprador que tiene que elegir entre varias marcas de cerveza o de chocolate.

Una particularidad del movimiento socialista es la busca de expresiones nuevas para designar la constitución del Estado ideal. En lugar de un término ya gastado se lanza otro nuevo a la circulación, que sin duda encierra la solución definitiva del insoluble problema fundamental del socialismo, hasta el día en que se advierte que, con excepción del nombre, nada ha cambiado. La frase más recientemente acuñada es «capitalismo de Estado». Esta nueva envoltura simplemente oculta lo que se llamaba economía dirigida y socialismo de Estado. Ahora bien, capitalismo de Estado, economía planificada y socialismo de Estado difieren sólo en puntos accesorios del ideal «clásico» del socialismo igualitario. No se concede suficiente atención a tal hecho, pero en este libro se estudiarán todas las formas posibles del Estado socialista sin distinción.

Sin embargo, el sindicalismo difiere fundamentalmente del socialismo y ha sido objeto, por tanto, de un estudio especial (capítulo XVI, sección 4).

Espero que estas observaciones serán suficientes para evitar al lector apresurado y superficial que suponga que mi investigación y mi crítica se refieren únicamente al socialismo marxista. Todas las subdivisiones del socialismo han sufrido muy fuerte influencia del marxismo, y debido a ello consagro a éste más páginas que a los otros matices del socialismo. Creo que de todo lo que tiene relación profunda con los problemas esenciales nada he dejado fuera, de igual modo que estimo haber expuesto cuanto era necesario para el análisis y la crítica de las particularidades que presentan los programas socialistas no marxistas.

Mi libro es una investigación científica y no una obra de disputa política. En cuanto ha sido posible, esquivo deliberadamente tratar cuestiones económicas de actualidad y discutir la política de los gobiernos y de los partidos, con objeto de consagrarme al estudio de los problemas de principio. Sin embargo, creo que precisamente de este modo trato de preparar, para la política de los últimos años y más todavía para la de mañana, una base seria de observación y de conocimiento. Quien haya pensado y repensado, desde el punto de vista crítico, las ideas socialistas en todas sus consecuencias, es el único que se halla capacitado para comprender lo que sucede en nuestro derredor.

La costumbre de escribir y hablar de los hechos de la política económica sin estudiar a fondo, concienzudamente, y hasta en sus últimos resultados, los problemas implicados resta todo valor intelectual a la discusión pública de las cuestiones vitales que interesan a la sociedad humana, y conduce la política por caminos que llevan a destruir toda civilización. La proscripción de la economía política, decretada primero por la escuela histórica alemana y por el «institucionalismo» americano en nuestros días, ha hecho caer en desuso el ejercicio de la reflexión y del pensamiento aplicados a los problemas de la sociedad y de la economía social. Nuestros contemporáneos creen que se puede juzgar, sin preparación, de los problemas que constituyen el objeto de ciencias como la economía política y la sociología. Se figuran que un director de empresa o un empleado de sindicato pueden tener suficiente competencia, sin otra razón que su función misma, para decidir cuestiones que interesan a la economía política. El «práctico» de esta categoría —y, cosa curiosa, a menudo es un práctico cuya actividad ha causado fracasos notorios y aun la bancarrota— goza hoy como economista de un prestigio usurpado que debe, finalmente, echarse por tierra. Ni por debilidad ni por cortesía mal empleada hay que contentarse con transacciones. Es necesario desenmascarar a ese locuaz aficionado, a ese falso economista, que sólo es un ignorante.

La solución de cada uno de los numerosos problemas actuales de la política económica reclama procesos de pensamiento que sólo puede hacer quien abarque todo el encadenamiento de los fenómenos económicos. Únicamente experiencias e indagaciones teóricas que conduzcan a los fundamentos de la ciencia tienen realmente un valor práctico. Las obras que se ocupan de cuestiones efímeras, que se pierden en el detalle, que no ven lo general y lo necesario, que sólo conceden atención a lo particular y a lo accidental, no prestan servicio alguno.

También se oye decir: para nada sirven los estudios científicos acerca del socialismo. Estos estudios se destinan a un pequeño número de personas capaces de seguir un razonamiento científico, pero serán siempre letra muerta para las masas. Las fórmulas verbales socialistas resuenan gratamente, atraen a las masas que desean con vehemencia el socialismo; en su ceguera esperan de él la salvación y la saciedad de sus resentimientos. De esta manera se continuará trabajando por el advenimiento del socialismo, y se llevará a la ruina cierta a la civilización edificada durante millares de años por los pueblos occidentales. El porvenir inevitable que nos espera es el caos, la miseria, la noche de la barbarie.

No comparto plenamente este modo de ver las cosas; sin duda podrán ser así, pero pueden serlo de manera contraria. De seguro la mayor parte de los hombres son incapaces de seguir un razonamiento difícil, y no se podrá enseñar a comprender los asuntos complicados a quienes apenas captan los más simples. Pero debido precisamente a que no pueden pensar por sí mismas, las



masas obedecen la dirección de aquellos a quienes se llama personas cultas. Si llega a convencerse a estas últimas, la partida está ganada. Pero no quiero repetir lo que digo en otro lugar de este libro.<sup>3</sup>

Sé muy bien que puede tener la apariencia de acto incomprensible pretender hoy, por medio de una demostración lógica, convencer a los adeptos de la idea socialista del absurdo y de la locura que entrañan sus concepciones. Sé muy bien que no quieren oír, que no quieren ver y que, sobre todo, no quieren pensar, inaccesibles a todo argumento. Pero están formándose nuevas generaciones, con la inteligencia y los ojos muy despiertos. Ellas considerarán las cosas sin parcialidad, sin sesgado partidismo, para obrar según su leal saber y entender. Este libro se dedica a ellas.

Varias generaciones de política casi enteramente liberal han aumentado enormemente la riqueza del mundo. El capitalismo ha elevado las condiciones de vida de las masas a un grado de bienestar que nuestros antepasados jamás pudieron sospechar. El intervencionismo y los movimientos para realizar el socialismo están en marcha, desde hace años, para hundir el edificio de la economía mundial que se funda en la división del trabajo. Nos hallamos al borde de un abismo que amenaza tragarse nuestra civilización. ¿Desaparecerá para siempre la cultura humana? O bien, ¿se podrá evitar todavía la catástrofe en el último instante, y será posible encontrar nuevamente el único camino de salvación, el camino que conduce al reconocimiento íntegro de la propiedad privada de los medios de producción? Ello dependerá de las ideas que animen a las generaciones del mañana.

*Viena, enero de 1932*

---

<sup>3</sup> Véase p. 507 ss. de la presente edición.



# INTRODUCCIÓN

## 1

### *El éxito de las ideas socialistas*

Socialismo, tal es el santo y seña de nuestro tiempo. La idea socialista reina hoy día sobre los espíritus, las masas le son devotas, penetra el pensamiento y el sentimiento de todos, e imprime su estilo a nuestra época, que la historia denominará era del socialismo.<sup>1</sup>

Sin duda no está aún acabada la edificación del Estado socialista en la forma en que respondería al ideal socialista, pero desde hace más de una generación la política de los pueblos civilizados sólo tiene como fin la realización progresiva del socialismo. Durante estos últimos años la política de socialización no ha dejado de aumentar el poder de su acción. Ciertos pueblos han emprendido la tarea de poner en práctica, de un solo golpe y hasta sus más extremas consecuencias, el programa socialista. El bolchevismo ruso ha realizado a nuestra vista una obra cuya significación puede discutirse, pero que, aunque no fuese por otra razón sino por su propósito grandioso, se contará entre los acontecimientos más notables que haya registrado la historia. En otras partes no se ha ido tan lejos. En los demás pueblos, la ejecución de los planes socialistas se ha visto entorpecida únicamente por las contradicciones internas del socialismo y por la imposibilidad de su realización. Pero en ellos también se ha tratado de hacerla progresar tanto como las circunstancias lo han permitido. En ninguna parte encuentra el socialismo oposición de principio. Ningún partido influyente se declara expresamente en nuestros días defensor de la propiedad privada de

---

<sup>1</sup> «Con razón puede afirmarse que la filosofía socialista actual no es otra cosa que el reconocimiento consciente y categórico de principios sociales, con la mayoría de los cuales se conformaban ya todos inconscientemente. La historia económica de este siglo es una enumeración casi ininterrumpida de los progresos del socialismo.» Sidney Webb, *Fabian Essays* [1889], p. 30.

los medios de producción. En la época actual, la palabra «capitalismo» ha tomado un sentido claramente peyorativo, y aun los adversarios del socialismo no escapan al influjo de las ideas de éste. Tómense, por ejemplo, los partidos que se llaman «burgués» o «campesino». Creen combatir al socialismo en nombre de los intereses particulares de su clase y reconocen así, indirectamente, el acierto de las partes esenciales de la concepción socialista. Porque es reconocer esta última implícitamente el mero hecho de oponer a su programa el argumento de que lesiona los intereses de una fracción de la humanidad. Reprochar a la organización económica y social que se funda en la propiedad privada de los medios de producción que no tiene en cuenta suficientemente los intereses de la comunidad, que favorece sólo a ciertas capas sociales, que entorpece la productividad y, por esta razón, exigir junto con los partidarios de las diversas tendencias de «política social» y de «reformismo social» la intervención del Estado en todas las esferas de la economía, ¿qué es todo ello sino una adhesión en principio al programa socialista? Y si se objeta al socialismo que por el momento es todavía impracticable, en vista de la imperfección de la naturaleza humana, o que dada la situación económica existente es inoportuno ponerlo ya en práctica, esto equivale también a un reconocimiento de las ideas socialistas. El mismo nacionalismo no niega el socialismo, y solamente le reprocha su carácter de «internacional». El nacionalista quiere combinar el socialismo con las ideas de imperialismo y de lucha contra los pueblos extranjeros. No es socialista internacional, sino socialista nacional. En realidad, el nacionalista es también un adepto del socialismo.<sup>2</sup>

Los defensores del socialismo no son únicamente los bolcheviques y sus amigos fuera de Rusia, ni los partidarios de cualquiera de las numerosas variedades de esta doctrina. Todos los que consideran que el régimen socialista es superior, económica y moralmente, al sistema que se funda en la propiedad privada de los medios de producción deben ser clasificados entre el número de

---

<sup>2</sup> Fr.W. Foerster hace notar que el movimiento obrero ha festejado su verdadero triunfo «en el corazón de las clases poseedoras», y es «lo que quita a esas clases la fuerza moral necesaria para resistir». Véase Foerster, *Christentum und Klassenkampf* (Zurich, 1908), pp. 111 ss. Ya en 1869, Prince-Smith constataba que las ideas socialistas habían hallado también partidarios entre los jefes de empresa. Escribe que entre los hombres de negocios, por extraño que esto parezca, los hay que tienen una opinión tan confusa de su propia acción dentro de la economía nacional, que aceptan como más o menos fundadas las concepciones socialistas. No se dan cuenta de lo que milita en contra de ellas. No tienen la conciencia tranquila, como si se viesan obligados a confesar que sus ganancias se realizan en detrimento de sus obreros. De ahí que sus vacilaciones y sus dificultades crezcan, y esto es lo peor. Nuestra civilización económica estaría singularmente amenazada si sus más autorizados representantes no sacaran ya del sentimiento de su perfecto derecho el valor necesario para defender las bases de ella con la más firme energía. Véase Prince-Smith, *Obras completas*, tomo I (Berlín, 1877), p. 362. Prince-Smith no era, en verdad, persona que pudiera discutir en forma crítica las teorías socialistas.

## INTRODUCCIÓN

los socialistas, aunque por razones temporales o permanentes busquen una transacción entre sus ideas socialistas y ciertos intereses o aspiraciones particulares, de los cuales se creen representantes. Si el término socialista se toma en su sentido amplio, se reconocerá sin dificultad que hoy día la mayor parte de las personas se colocan en favor del socialismo. Pocos se declaran partidarios de los principios del liberalismo, que ve en el régimen basado en la propiedad privada de los medios de producción la única forma posible de la economía nacional.

Se ha creado la costumbre de llamar socialista únicamente a la política que trata de realizar inmediata y completamente el programa socialista, y se niega este nombre a los partidarios de las tendencias que desean lograr igual fin, pero con mesura y por etapas. Se va tan lejos en esta materia, que se considera enemigos del socialismo a quienes intentan ponerlo en práctica con ciertas restricciones. Nada mejor que estos hechos podría probar la extensión del éxito de las ideas socialistas. Esta acepción de la palabra ha podido aclimatarse porque ya no hay verdaderos adversarios del socialismo, por decirlo así. Incluso en Inglaterra, patria del liberalismo, que gracias a su política liberal ha crecido y se ha enriquecido, se ignora en nuestros días en qué consiste exactamente el liberalismo. Los «liberales» ingleses de hoy son socialistas más o menos moderados.<sup>3</sup> Alemania jamás ha tenido una época realmente liberal y se ha debilitado y empobrecido a causa de su política antiliberal; actualmente se encontraría apenas una vaga noción en ese país de lo que es verdaderamente el liberalismo.

La pujanza del bolchevismo se apoya en el clamoroso éxito que han tenido las ideas socialistas durante las últimas tres décadas. No son los cañones ni las ametralladoras de los soviets lo que da fuerza al bolchevismo, sino el hecho de que sus ideas se acepten con simpatía en el mundo entero. Muchos socialistas consideran prematura la empresa bolchevique y piensan que sólo el porvenir podrá realizar el socialismo. Sin embargo, ninguno de ellos escapa a la influencia de las fórmulas por medio de las cuales la Tercera Internacional hace un llamamiento a todos los pueblos para luchar contra el capitalismo. En toda la faz de la tierra el bolchevismo hace latir los corazones. Entre los débiles y los tibios encuentra esa simpatía, mezcla de temor y admiración, que un apóstol valeroso despierta en el espíritu de los oportunistas. Los hombres audaces y los que tienen firmeza de ideas no se ruborizan de saludar en él la aurora de una nueva era.

---

<sup>3</sup> El programa oficial de los liberales ingleses lo demuestra claramente. Véase *Britain's Industrial Future, being the Report of the Liberal Industrial Inquiry* (Londres, 1928).

*La crítica científica del socialismo*

Los socialistas han tomado como punto de partida de sus doctrinas la crítica de la organización burguesa de la sociedad. Nadie ignora, por otra parte, que han procedido con demasiada falta de habilidad al desconocer las conexiones más importantes del mecanismo económico, y no han mostrado comprensión alguna de la función que cumplen los diferentes órganos de un orden social que se funda en la propiedad privada de los medios de producción. No sería difícil denunciar todos los fallos en que han incurrido los teóricos socialistas en su análisis del proceso económico. Se ha demostrado que todas sus doctrinas económicas tienen por objeto encubrir sus crasos errores. Saber si la sociedad capitalista es más o menos defectuosa no basta para decidir si el socialismo sería capaz de instaurar en su lugar algo mejor. No es suficiente haber demostrado la imperfección de un estado social que se funda en la propiedad privada de los medios de producción y que es creador de un mundo que no es el mejor de los mundos. Hay que demostrar también que el orden socialista sería mejor, prueba que muy pocos socialistas han tratado de aportar. Quienes lo han intentado han incurrido a menudo en falta de método científico y lo han hecho con gran ligereza muchas veces. La ciencia del socialismo no ha pasado de los primeros tanteos. El fallo corresponde precisamente al sector del socialismo que ha tomado el nombre de «socialismo científico». El marxismo no se ha contentado con presentar el advenimiento del socialismo como una necesidad inevitable de la evolución de la sociedad. Si no hubiese hecho más que eso, no habría podido ejercer sobre el estudio científico de los problemas sociales una influencia tan perniciosa como innegable. Si se hubiese limitado a indicar que el régimen socialista es la forma más perfecta de la vida social, no habría sido tan dañino como lo fue al despojar del estudio científico a los problemas sociológicos, mediante toda clase de habilidosos subterfugios, y al envenenar la atmósfera intelectual de la época.

Conforme a la concepción marxista, la existencia colectiva determina la conciencia. Las ideas que expresa un autor las ocasiona el hecho de que pertenezca a tal o cual clase social y no está en su poder salirse de su clase y liberar su pensamiento de la tendencia que le prescribe su interés de clase.<sup>4</sup> Se refuta así la posibilidad de una ciencia general, válida para todos los hombres sin distinción de clase. De esa manera fue consecuente Dietzgen cuando se

---

<sup>4</sup> «La ciencia únicamente existe en la cabeza de los sabios. Ahora bien, éstos son producto de la sociedad, de la que no pueden salir y a la que no pueden rebasar.» Kautsky, *Die soziale Revolution*, 3.<sup>a</sup> ed. (Berlín, 1911), II, p. 39.

puso a construir una lógica proletaria.<sup>5</sup> Porque la verdad pertenece a la ciencia proletaria. «Las ideas de la lógica proletaria no son ideas de partido, sino sencillamente las consecuencias de la lógica.»<sup>6</sup> De esa forma se protege el marxismo contra toda crítica ingrata, y no refuta a su adversario, pues se contenta con tratarlo de burgués.<sup>7</sup> Para criticar los trabajos de quienes piensan de manera diferente, el marxismo hace aparecer a sus autores como si fuesen siervos vendidos a la burguesía. Marx y Engels jamás trataron de refutar a sus adversarios con argumentos; los denigraron, insultaron, vilipendiaron, calumniaron, y sus sucesores no han hecho sino escarnecerlos. Su polémica ataca a la persona del contrincante y nunca sus demostraciones. Han sido muy pocos los que han resistido semejantes procedimientos de lucha. Ha habido pocos, muy pocos, que hayan tenido el valor de enfrentarse al socialismo mediante el uso de esta crítica, que el pensador científico tiene el deber de aplicar en todas partes con rigor. Tal es la razón que ha motivado que partidarios y enemigos del socialismo hayan observado escrupulosamente la interdicción que promulgó el marxismo: la de discutir de manera precisa las condiciones económicas y sociales del Estado socialista. Al indicar que la socialización de los medios de producción es, por una parte, el fin hacia el cual tiende incesantemente la evolución económica con la necesidad que imponen las leyes naturales y, por otra parte, que esta socialización es el objetivo de su esfuerzo político, el marxismo presenta, en sus rasgos esenciales, la imagen de la sociedad socialista. La prohibición de ocuparse de los problemas de la economía socialista, fundada en una serie de argumentos envejecidos, tenía por objeto impedir que durante la discusión sobre la estructura de una de las formas posibles de la sociedad socialista apareciesen con demasiada claridad los puntos débiles de la doctrina marxista. Sacar a luz lo que hay de esencial en la sociedad socialista hubiese podido volverse peligroso por el fervor con que las masas esperaban del socialismo la liberación

---

<sup>5</sup> Véase Dietzgen, *Briefe über Logik, speziell demokratisch-proletarische Logik*, Internat. Bibliothek, vol. xxii, 2.<sup>a</sup> ed. (Stuttgart, 1903), p. 112): «En fin, la lógica merecería ya el epíteto de proletaria, porque para comprenderla es indispensable franquear todos los prejuicios en que está aprisionado el mundo burgués.»

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> Por una mordaz ironía de la historia, el mismo Marx no evitó este tratamiento. Para Untermann, «la mentalidad de pensadores proletarios de típica observancia marxista» todavía contiene «resabios de épocas intelectuales olvidadas. Estos resabios serán tanto más fuertes cuanto más largas hayan sido las etapas del pensamiento de esos hombres antes de su conversión al marxismo y en un medio burgués o aristocrático, lo cual sucedió de manera especial en el caso de Marx, Engels, Plejanov, Kautsky, Mehering y otros marxistas eminentes.» Véase Untermann, *Die logischen Mängel des engeren Marxismus* (Munich, 1910), p. 125. Y De Man, en su obra *Zur Psychologie des Sozialismus*, nueva edición (Jena, 1927), p. 17, escribe: para comprender «las particularidades y las diferencias doctrinales» es preciso no olvidar «el fondo social general sobre el que un pensador se proyecta, ni su destino económico y social, por ejemplo, el destino burgués de Marx, antiguo estudiante universitario».

de todos los males existentes sobre la tierra. Esta fue una de las más hábiles maniobras de Marx: ahogar esas atrevidas investigaciones que habían causado la ruina de las teorías socialistas anteriores. Si al finalizar el siglo XIX y despuntar el XX, el socialismo pudo alcanzar sitio de primera fila entre los partidos políticos, lo debe a la prohibición de discutir y profundizar el carácter de la sociedad socialista.

Nada podría justificar mejor esta exposición que la cita de un pasaje de las obras de Hermann Cohen. Este es uno de los escritores que más fuerte influencia ejercieron en la vida intelectual alemana en las últimas décadas anteriores a la guerra. «Actualmente —escribe Cohen— nadie es tan tonto para mostrarse refractario al 'buen fondo' del problema social e, incluso de manera disfrazada, a la inevitable necesidad de una política social. Ya no existen sino las personas de mala voluntad o de buena voluntad insuficiente. Esta manera defectuosa de pensar es la única que explica la pretensión por la que se trata de crear dificultades al partido socialista, al pedirle que exponga públicamente el cuadro de las condiciones de su porvenir. En lugar de las reivindicaciones morales, se coloca el cuadro de las condiciones del Estado, siendo así que la concepción de éste emana de la concepción del derecho. Al subvertir las concepciones, se confunde la ética socialista con la poesía de las utopías. Ahora bien, la ética no es la poesía, y la idea no tiene necesidad de imagen para ser cierta. Su imagen es la realidad, que sólo puede nacer conforme al modelo que suministra la ética misma. El ideal de justicia del socialismo se ha convertido hoy día en una verdadera corriente de la conciencia pública, aunque no sea todavía sino el secreto de Polichinela. Ya sólo el egoísmo, enemigo de todo ideal, y la codicia más cruda —es decir, el verdadero materialismo— le niegan su crédito.»<sup>8</sup> Quien así pensaba y escribía estaba considerado por muchos como el pensador alemán más grande y más atrevido de su tiempo, y los adversarios de su doctrina tenían en estima su actividad intelectual.

Y precisamente por esta causa debe subrayarse que Cohen no solamente admite sin crítica previa todas las reivindicaciones socialistas, sino que considera como individuos moralmente despreciables a todos aquellos que «piensan crear dificultades al socialismo de partido al exigir esclarecimientos sobre los problemas de la constitución económica del socialismo». El hecho de que un pensador, que por lo demás nada arregla con sus críticas, reprima su audacia ante un ídolo poderoso de su tiempo es un fenómeno que muy a menudo puede observarse en la historia intelectual. Kant, el gran modelo de Cohen, recibió el mismo reproche.<sup>9</sup> Pero que un filósofo reproche su mala voluntad, su pensa-

---

<sup>8</sup> Véase Cohen, Introducción, con suplemento crítico, a la novena edición de la *Geschichte des Materialismus* de Friedrich Albert Lange, 3.<sup>a</sup> edición aumentada (Leipzig, 1914), p. 115. Véase también Natorp, *Sozialpädagogik*, 4.<sup>a</sup> ed. (Leipzig, 1920), p. 201.

<sup>9</sup> Véase Anton Menger, *Neue Sittenlehre* (Jena, 1905), p. 45 y pp. 62 ss.



## INTRODUCCIÓN

miento mediocre, su grosera codicia, no sólo a quienes opinan de manera contraria a él, sino a quienes se atreven a formular preguntas sobre problemas arriesgados para los todopoderosos, no es frecuente, por ventura, en la historia de la filosofía.

Quien no se sometía sin limitaciones a esta obligación era maldecido y quedaba fuera de la ley. Y de este modo, año tras año, la idea socialista fue ganando terreno sin que nadie hubiese pensado en examinar a fondo sus condiciones. Aunque llegó el día en que el socialismo marxista, después de haber tomado el poder, se vio en la obligación de ejecutar íntegramente su programa y tuvo entonces que reconocer que no tenía la menor noción de la meta hacia donde se habían dirigido sus esfuerzos durante decenas y decenas de años.

La discusión de los problemas de la economía socialista es de suma importancia, en general, y no solamente para entender la oposición entre la política liberal y la socialista. Sin ella no se podría concebir la situación que se ha creado desde que comenzó el movimiento de estatización y de municipalización. La economía política, por una estrechez de miras comprensible pero lamentable, ha estudiado hasta ahora exclusivamente el mecanismo de una economía que se funda en la propiedad privada de los medios de producción y, por tanto, se ha producido una laguna que no puede subsistir por más tiempo.

Saber si la sociedad debe construirse sobre las bases de la propiedad privada o sobre las de la propiedad colectiva de los medios de producción es un problema político que la ciencia nunca podrá resolver; ésta no puede formular juicio alguno sobre el valor o la carencia de valor de las formas de organización de la sociedad.

Sin embargo, es la única capacitada para hacer un estudio de los efectos precisos de ciertas instituciones, para crear las bases gracias a las cuales podremos avanzar en el conocimiento de la sociedad. El hombre de acción, el político, descuida a veces los resultados de este trabajo, sin prestarle atención; el pensador, por su parte, nunca cesará de indagar las últimas cosas accesibles todavía a nuestro examen. Tanto que es el pensamiento el que finalmente determina la acción.

### 3

#### *Modos alternativos de aproximación al análisis del socialismo*

Para tratar los problemas que el socialismo plantea a la ciencia se ofrecen dos métodos: se le puede considerar desde un punto de vista filosófico y cultural, tratando de clasificarle en el conjunto de los fenómenos culturales. El análisis se orienta entonces hacia su ascendencia espiritual, se examinan sus relaciones con las demás formas en que se manifiesta la vida social, se penetra hasta

sus fuentes ocultas en el alma de cada individuo; se intenta comprenderlo en cuanto fenómeno de masas; se estudian sus efectos en la religión y la filosofía, el arte y la literatura; se hacen esfuerzos para demostrar las relaciones en que se encuentra con las ciencias naturales y con las ciencias morales de su tiempo; se le considera en su condición de estilo de vida, exteriorización de estado de alma, expresión de concepciones éticas y estéticas. Es el camino psicológico-histórico, camino muy frecuentado, con producción de libros y artículos numerosísimos.

Jamás se puede juzgar *a priori* un método científico. Una sola piedra de toque verifica su valor: el éxito. Es muy posible que el método psicológico-histórico pueda contribuir a la solución de los problemas planteados a la ciencia por el socialismo. Hasta nuestros días sus resultados son poco satisfactorios, y esto se debe no solamente a la insuficiencia y a los prejuicios políticos de quienes lo han empleado, sino ante todo al hecho de que el estudio de los problemas debe primero emprenderse desde el punto de vista de la sociología y de la economía política y sólo después desde el punto de vista de la psicología y de la historia cultural. El socialismo tiene como programa, efectivamente, la transformación de la constitución social y económica de acuerdo con cierto ideal. Si queremos comprender la influencia que ejerce en los otros campos de la vida intelectual y cultural, es preciso haber aclarado antes por completo su importancia social y económica. Mientras subsista alguna duda sobre ello, será pueril abordar su interpretación histórica, cultural y psicológica. No se puede hablar de la ética del socialismo sin haber puesto en claro sus relaciones con otras tendencias morales. Nada exacto puede escribirse respecto de sus repercusiones en la religión y en la vida pública mientras se tenga una imagen indecisa de su verdadera esencia. No es admisible discurrir sobre el socialismo antes de haber estudiado a fondo el mecanismo de un orden económico que se basa en la propiedad colectiva de los medios de producción.

Esto se nota claramente en cada uno de los puntos en que interviene el examen psicológico-cultural-histórico. Se acepta que el socialismo es la última consecuencia del concepto democrático de igualdad, sin haber reflexionado en lo que significan exactamente Democracia e Igualdad, y cuáles son sus relaciones; sin haber profundizado si el socialismo se vincula o no, en primera línea, a la idea de igualdad. Se dice a veces que el socialismo es una reacción del sentimiento contra la devastación que ha producido en las almas el racionalismo, inseparable del capitalismo; a veces se dice que su fin es realizar en la vida pública el perfecto racionalismo que el capitalismo es incapaz de alcanzar.<sup>10</sup> Es

---

<sup>10</sup> Muckle, *Das Kulturideal des Sozialismus* (Munich, 1919) va hasta el extremo de esperar del socialismo el advenimiento de la «perfecta racionalización de la vida económica» y «la reducción de la más terrible de las barbaries: el racionalismo capitalista» (pp. 208 y 213).

## INTRODUCCIÓN

inútil hablar de aquellas personas que envuelven sus deducciones culturales sobre el socialismo en una mística confusa y en una oscura fraseología.

Las investigaciones hechas en esta obra se consagran a los problemas del socialismo en cuanto se refieren a la sociología y a la economía política. Deben examinarse antes que los problemas de psicología cultural. Sólo conforme a los resultados de un trabajo de esta clase puede emprenderse una investigación sobre la psicología cultural del socialismo, y únicamente gracias a esas investigaciones se encontrará una base sólida para escribir —en forma más atractiva, sin duda, para el gran público— sobre el valor general, humano, del sistema intelectual socialista.



*PRIMERA PARTE*  
*LIBERALISMO Y SOCIALISMO*



CAPÍTULO I

LA PROPIEDAD

1

*Naturaleza de la propiedad*

Considerada como categoría sociológica, la propiedad aparece como la facultad de decidir sobre el empleo de los bienes económicos. Es propietario quien dispone de un bien económico.

Las concepciones de la propiedad son, pues, diferentes para la sociología y para la ciencia jurídica. Por lo demás, ello se explica por sí mismo y sólo podemos extrañarnos de que tal consideración se omita con frecuencia. Desde el punto de vista de la sociología y de la economía política, la propiedad se entiende como la posesión de los bienes que exigen los fines económicos del hombre.<sup>1</sup> Esta posesión puede designarse como la propiedad natural o la propiedad primitiva, en vista de que representa una relación puramente física del hombre con los bienes y es independiente de la existencia de las relaciones sociales entre los hombres y de la existencia de un orden regulado por el derecho. La importancia de la noción jurídica de la propiedad consiste precisamente en la diferencia que establece entre la posesión física y la propiedad jurídicamente determinada. El derecho reconoce propietarios y poseedores, que no disponen de la posesión natural, que no poseen, pero que deberían poseer. Desde el punto de vista jurídico, el robado continúa como propietario y el ladrón jamás puede adquirir la propiedad. Desde el punto de vista económico, la posesión natural es la única que cuenta, y la importancia económica del derecho de la propiedad jurídica consiste únicamente en el apoyo que aquél presta a la obtención, a la conservación y a la recuperación de la posesión natural.

---

<sup>1</sup> Böhm-Bawerk, *Rechte und Verhältnisse von Standpunkte der volkswirtschaftlichen Güterlehre* (Innsbruck, 1881), p. 37.

La propiedad es un todo unitario para el derecho, que no establece diferencia, ya se trate de bienes de primera clase o de orden superior, de bienes de consumo o de bienes de uso. El formalismo del derecho despojado de toda base económica aparece aquí con toda claridad. El derecho no puede ignorar por completo, sin duda, las diferencias económicas que entran en juego. Si la propiedad del suelo ocupa una posición especial, es precisamente por la posición del suelo mismo en cuanto éste es un medio de producción. Con mayor claridad que en el derecho de propiedad, las diferencias económicas se manifiestan en cierto número de situaciones que para la sociología equivalen a la propiedad, pero que para el derecho no tienen con ésta sino una relación de parentesco, por ejemplo, las servidumbres, en particular el goce del fruto y el usufructo. Sin embargo, de manera general, en el derecho —y esto es conforme a su esencia— la similitud formal no deja aparecer la diferencia material.

Desde el punto de vista de la economía, la propiedad no constituye una unidad homogénea. La propiedad en bienes de consumo y la propiedad en bienes de producción difieren en muchos puntos y es preciso todavía considerar si en estos dos grupos se trata de bienes de uso o de bienes de consumo.

Los bienes de primera clase, los «bienes de consumo», sirven para satisfacer directamente las necesidades. En cuanto son bienes de consumo (es decir, que no pueden, según su misma naturaleza, utilizarse sino una vez y de esta manera agotan su cualidad de bienes), su valor como propiedad reside únicamente en su posibilidad de consumo. El propietario puede dejar que se eche a perder este bien sin utilizarlo y aun destruirlo, y puede cambiarlo o regalarlo; en todo caso dispone del empleo de estos bienes, empleo que no puede compartir con nadie.

Sucede de manera un poco diferente en el caso de los bienes de uso, es decir, de los bienes de goce que pueden utilizarse más de una vez. Pueden servir a varios individuos en forma sucesiva. Aquí también se debe considerar como poseedores a quienes se encuentran capacitados para utilizarlos en su uso personal. En este sentido, el poseedor de un aposento es quien lo habita; los poseedores del Mont Blanc, como sitio de belleza natural, son aquellos que lo visitan para gozar de los encantos del paisaje; los poseedores de una pintura son aquellos que se deleitan mirándola.<sup>2</sup> Los servicios que prestan esta clase de bienes pueden compartirse, y por tal razón la propiedad natural de ellos es divisible.

La posesión de los bienes de producción sólo sirve indirectamente al disfrute. Dichos bienes se emplean en la producción de bienes de consumo. De la unión hábilmente concertada entre los bienes productivos y el trabajo salen, fi-

---

<sup>2</sup> Fetter, *The Principles of Economics*, 3ª. ed. (Nueva York 1913), p. 408.



nalmente, los bienes de consumo. El carácter de los bienes de producción reside en la facultad de servir indirectamente a la satisfacción de las necesidades. La posesión natural de aquéllos es la posibilidad de emplearlos en la producción. Sólo en vista de que su posesión conduce finalmente a una posesión de bienes de consumo tiene la primera de estas posesiones una importancia económica.

Cuando los bienes de consumo están listos para el uso, su posesión por una persona radica en que ésta los consuma. Los bienes de uso listos para emplearse permiten varias posesiones sucesivas en el transcurso del tiempo, pero si diversas personas hacen uso de ellos a la vez, su disfrute se ve entorpecido, si no ya imposibilitado por la naturaleza misma del bien. Varios individuos pueden admirar al mismo tiempo una pintura, aunque el goce de uno de ellos se vea incomodado por la presencia de otros a su lado, que le usurpan quizá el punto de vista más favorable. Pero varias personas no pueden ponerse simultáneamente el mismo vestido.

De este modo la posesión de los bienes de consumo, que conduce a la satisfacción de una necesidad resultante de la naturaleza de cada bien, no es más divisible de lo que permiten los usos que de él pueden hacerse. Se deduce que, por lo que respecta a los bienes de consumo, la propiedad natural que sobre ellos puede tener un individuo cualquiera excluye *a priori* la de todos los demás, mientras que, para los bienes de uso, esta exclusión, si no es absoluta, existe cuando menos en un momento determinado y en lo tocante al disfrute íntegro de estos bienes. Por lo que respecta a los bienes de consumo, no podría concebirse otra cosa, desde el punto de vista económico, que su posesión natural por determinadas personas. Estos bienes no pueden ser propiedad natural sino de un solo hombre, y ello de manera absoluta en lo que respecta a los bienes de consumo y, por lo que se refiere a los bienes de uso, cuando menos en un momento preciso y respecto al disfrute íntegro. También aquí la propiedad es propiedad privada, en el sentido de que priva a los demás de las ventajas que se originan en la disposición de un bien determinado.

Por esta razón sería completamente absurdo pretender suprimir o simplemente reformar siquiera la propiedad de los bienes de consumo. De nada sirve ir contra los hechos naturales: al comer una manzana se consume definitivamente, y acaba por hacerse viejo el traje que se lleva puesto. La copropiedad entre varios, la propiedad común entre todos los individuos, es imposible en lo que respecta a los bienes de consumo. Lo que se acostumbra llamar comunidad de bienes no puede aplicarse a estos bienes sino antes del consumo. Esta propiedad queda disuelta desde el momento en que el bien se consume o se utiliza, y en ese momento la posesión del bien se vuelve exclusiva. La comunidad de bienes no puede ser otra cosa que un principio que rige la apropiación de los bienes que se toman de una provisión o reserva co-

mún. Cada uno de los individuos es propietario de la parte del monto de dicha provisión a que tiene derecho para su uso personal. Desde el punto de vista económico, poco importa que esta utilización se reglamente jurídicamente *a priori*, o que sea el resultado de una distribución, o que nunca tenga lugar o que, en fin, el consumo haya estado precedido o no de una distribución en buena y debida forma: desde el punto de vista material, aun sin distribución, cada uno es propietario de su lote.

La comunidad de bienes no puede suprimir la propiedad de los bienes de consumo; puede solamente modificar la manera de repartirlos. Como todas las reformas que no se aplican sino a estos bienes, la comunidad se limita necesariamente a instituir un nuevo modo de repartir la reserva existente. Sus efectos cesan con el agotamiento de esta provisión. La comunidad es incapaz de llenar los graneros vacíos. Esta tarea depende de aquellos que disponen de los bienes de producción y de trabajo. Si estos últimos no están satisfechos de lo que se les ofrece, el aflujo de bienes que debe reconstituir las reservas se detiene. Por esta razón cualquier tentativa para modificar el reparto de los bienes de consumo debe extenderse a la disposición de los bienes de producción.

La posesión de los bienes de producción, contrariamente a la de los bienes de consumo, es por su naturaleza divisible. En la producción aislada, donde no hay división del trabajo, la divisibilidad de los medios de producción no sería diferente de lo que es la divisibilidad de los bienes de consumo bajo cualquier régimen económico. Esta posesión no va más allá de la divisibilidad de las utilizaciones que permite el bien. Dicho en otros términos, en esta etapa, en el número de los bienes de producción, los de consumo nunca toleran reparto de la posesión, mientras que los de uso pueden repartirse en la medida que su naturaleza lo permita. La posesión de cereales no puede corresponder sino a un solo individuo, mientras que un martillo admite varios poseedores sucesivos y un curso de agua es capaz de hacer funcionar varios molinos. Hasta aquí, pues, ninguna particularidad en la posesión hace distinguir los bienes de producción. Al contrario, en la producción que se funda en la división del trabajo, la posesión de los bienes de producción se presenta bajo un aspecto doble. Los fines de la economía exigen, entonces, que la posesión de los bienes de producción que intervienen en el proceso de la división del trabajo tenga siempre un doble carácter: uno físico inmediato y otro social mediato. Por un lado, el bien pertenece a quien lo tiene y explota materialmente. Por otro lado, pertenece a quien, sin tener su posesión material o jurídica, se encuentra capacitado para utilizar los productos o los servicios de este bien mediante cambio o compra. En este sentido, en la sociedad que se funda en la división del trabajo, la propiedad natural de los bienes de producción se reparte entre el productor y aquellos a cuyas necesidades se destina su producción. El agricultor que se basta a sí mismo y que permanece

fuera del ciclo de los cambios sociales, puede llamar suyos a su campo, su arado, sus bueyes, en el sentido de que todos ellos están a su exclusivo servicio. El agricultor cuya empresa se inserta dentro del ciclo de los cambios, que produce para el mercado y en él efectúa sus compras, es propietario, en otro sentido, de los medios de producción de que se sirve. No es dueño de la producción en igual sentido que lo es el campesino autárquico. No fija él mismo su producción: son aquellos para quienes trabaja, los consumidores, los que se encargan de hacerlo. En este sistema son los consumidores, no los productores, quienes fijan sus fines a la economía.

Pero los propietarios de los medios de producción no se encuentran en condiciones de poner directamente al servicio de esta última la posesión material que tienen de tales medios. Si se tiene en cuenta que cualquier producción requiere el agrupamiento de diferentes medios de producción, una parte de los propietarios de estos medios debe transmitir a otros su propiedad natural, para permitirles realizar las combinaciones necesarias a la producción. Los capitalistas, los terratenientes y los trabajadores ponen sus capitales, sus tierras y su trabajo, respectivamente, a disposición del empresario, bajo cuya dirección inmediata funciona el proceso de la producción. De esta manera los empresarios dirigen la economía en función de las exigencias de los consumidores, que son, por otra parte, los dueños de los medios de producción: capitalistas, terratenientes, trabajadores. Pero del producto obtenido corresponde a cada factor una parte, que es económicamente proporcional a su participación en la producción.

Resulta, pues, que la propiedad natural de los bienes de producción difiere esencialmente de la propiedad natural de los bienes de consumo. Para poseer un bien de producción en el sentido económico, es decir, para utilizarlo para los fines económicos a que está destinado, es innecesario tener de él la misma posesión física que aquella que se debe tener de los bienes de consumo, para consumirlos o utilizarlos. Para tomar café no se requiere poseer una plantación en Brasil, un barco y un molino, aunque todos estos medios de producción sean indispensables para que una taza de café llegue a servirse en una mesa. Basta que otros posean estos medios de producción y los empleen según determinado propósito. En una sociedad que se funda en la división del trabajo nadie tiene la propiedad exclusiva de los medios de producción, ya se trate de los medios materiales como de los medios humanos, es decir, del trabajo. Los medios de producción están al servicio de la colectividad, constituida por todos aquellos que participan en los cambios. Si, prescindiendo de la relación que existe entre los empresarios y los propietarios que ponen a disposición de aquellos sus medios de producción para que los utilicen, no se quiere hablar aquí de un reparto de la propiedad entre los propietarios de los medios de producción y los consumidores, debería más bien atribuirse la propiedad entera en el sentido natural a los con-

sumidores y no ver en los empresarios sino a los administradores de bienes ajenos.<sup>3</sup>

Pero nos alejaríamos demasiado de la terminología corriente al hablar así. Para librarse de cualquier ambigüedad es preferible evitar, tanto cuanto sea posible, las palabras nuevas y en ningún caso emplear expresiones de sentido usual muy preciso en una acepción nueva. Igualmente, al renunciar a una terminología especial, nos contentaremos con subrayar aquí, una vez más, que la naturaleza de la propiedad de los bienes de producción en la sociedad basada en la división del trabajo difiere del carácter que tiene en una economía ajena a los cambios y de la naturaleza de la propiedad de los bienes de consumo en cualquier sistema económico. Por lo demás, en la exposición que haremos a continuación entenderemos por propiedad de los medios de producción la posibilidad de disponer de ellos inmediatamente.

## 2

*Violencia y contrato*

La posesión física de los bienes económicos, que desde el punto de vista sociológico constituye la esencia de la propiedad natural, no pudo tener origen sino por la ocupación. Como la propiedad no es un fenómeno independiente de la voluntad ni de la acción humana, sólo puede concebirse que se haya podido constituir en sus principios mediante la apropiación de un bien sin dueño. Pero una vez constituida, dura tanto como su objeto, hasta el día en que por un acto de voluntad la abandona el propietario o hasta cuando se le retira a éste contra su voluntad. El primer caso es una enajenación voluntaria; el segundo ocurre cuando el bien desaparece de manera natural; por ejemplo, cuando una bestia se pierde o cuando otro individuo se lo arrebata por la fuerza a su poseedor.

Toda propiedad dimana de una ocupación y de una violencia. Hagamos abstracción de los elementos que se deben al trabajo y que están incluidos en los bienes, y consideremos en ellos solamente los elementos naturales; remontémonos hacia atrás para buscar el título jurídico de cualquier propietario, y lle-

<sup>3</sup> Recordemos los versos de Horacio:

*Si proprium est quod quis libra mercatus et aere est,  
Quaedam, si credis consultis, mancipat usus:  
Qui te pascit ager, tuus est; et vilicus Orbi  
Cum segetes occat tibi mox frumenta daturas,  
Te dominum sentit, das nummos: accipis uvam  
Pullos ova, cadum temeti.*

(Ep. 2, vers. 158-163)

Fue Efferts el primero que atrajo la atención de los economistas sobre este pasaje. *Arbeit und Boden*, Nueva edición (Berlín, 1897), tomo I, pp. 72,79 ss.

garemos forzosamente al momento en que la propiedad nace porque alguien se apropió parte de un bien asequible a todos, a no ser que encontremos una expropiación llevada antes a cabo en la propiedad del poseedor precedente, mediante el uso de la violencia, propiedad que, en último análisis, hubiese sido a su vez una expropiación o un robo. Todo derecho se remonta a una violencia efectiva y toda propiedad fue en su origen expropiación o robo. Se puede conceder esto a los adversarios de la propiedad, que parten de consideraciones que se fundan en el derecho natural. Por lo demás, estas consideraciones no aportan la menor prueba a favor de la necesidad, la oportunidad y la justificación moral de la supresión de la propiedad.

La propiedad natural no tiene que atenerse al reconocimiento de los ciudadanos del propietario porque, en efecto, la propiedad natural se tolera mientras falta la fuerza para anularla y subsiste hasta el día en que un individuo más fuerte se apodera de ella. Como nacida de la arbitrariedad, a cada instante teme a fuerzas más poderosas. La doctrina de los derechos naturales llama a esta condición la guerra de todos contra todos. Esta guerra acaba por reconocer el estado real de las cosas y lo considera digno de mantenerse. De la violencia nace el derecho.

La doctrina de los derechos naturales ha cometido el error de considerar el paso de un estado de caos y lucha animal hacia una sociedad humana como si fuese resultado de una acción consciente de los fines que se deben alcanzar y de los medios para lograrlos. Por este camino se llegaría a la conclusión del contrato social que dio origen al Estado y al derecho. El racionalismo no podía encontrar otra explicación posible después de haberse desprendido de la vieja concepción que hace provenir las instituciones sociales de una intervención divina o de una inspiración divina en el hombre.<sup>4</sup> ¿Cómo podría pretenderse que lo que ha conducido a la sociedad a su estado actual, y por tanto es considerado útil y razonable, haya surgido de otro modo que como resultado de una elección consciente, determinada por el conocimiento de su utilidad y de su razón? Actualmente disponemos de otras teorías que explican el fenómeno. Hablamos de la selección natural en la lucha por la vida y de la transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas, sin avanzar un solo paso más que los teólogos o los racionalistas hacia los enigmas supremos. Podemos explicar de este modo el nacimiento y desarrollo de las instituciones sociales, y diremos que favorecen la lucha por la vida; y quienes las han adoptado y perfeccionado están más capacitados para superar los peligros de la existencia que aquellos cuyas instituciones sociales experimentaron escaso desarrollo. En la actualidad sería verdaderamente ocioso mostrar nuevamente la insuficiencia de una interpretación

---

<sup>4</sup> La filosofía social estatista, que reconduce todas estas instituciones al Estado, cae en la vieja explicación teológica, pues en ella el Estado ocupa el lugar que los teólogos asignaban a Dios.